

entrevistas





“...de hoy hacia mañana ya la educación no es suficiente; es preciso girar hacia el aprendizaje, el aprendizaje para la vida”

Carlos Eduardo Maldonado



Nohemí Rojas Icabalzeta

nrojas@cnu.edu.ni

<https://orcid.org/0000-0003-4003-2288>

Consejo Nacional de Universidades (CNU)

La educación para la vida nos invita a la posibilidad de aprender de manera continua y permanente, mediante la exploración de distintas formas y de una manera novedosa para enfrentar los retos y desafíos, tanto locales como globales. En un mundo caracterizado por constantes cambios y evolución, surge el imperativo de que la educación no se limite a la transmisión de conocimientos, sino que se oriente hacia el desarrollo humano pleno.

La educación para la vida trasciende la formación académica tradicional, abarcando también los valores y las actitudes. En este sentido, se busca que los estudiantes, mediante un proceso de formación integral, desarrollen la capacidad de enfrentarse a la realidad de una manera crítica y creativa. Así, se propone una educación que va más allá de lo estrictamente

escolar, promoviendo la vinculación con la comunidad y los ecosistemas, a través de la comprensión de la interdependencia entre todos los elementos que componen nuestra existencia.

El concepto de educación para la vida trastoca la formación desde una perspectiva humanista, en que los seres humanos no se perciben como entes aislados, sino como parte de un diálogo continuo con la naturaleza. En este marco, se entiende que somos cohabitantes de la Tierra, aprendemos de ella y con ella, en una relación horizontal de mutua interacción.

En esta línea, el doctor y filósofo Carlos Eduardo Maldonado, a través de una reflexión profunda nos ofrece su visión de la educación para la vida, un enfoque que transita desde el aprendizaje hacia la

búsqueda de la sabiduría, contextualizando la necesidad de —en sus propias palabras— “un nuevo ser humano frente al cual debemos poder atender manifiestamente a los temas de aprendizaje y de vida”. Confiamos en que el lector encontrará en esta propuesta una razón sólida para comprender y abrazar una educación pensada desde y para la vida.

Nohemí Rojas Icabalzeta (N.R.): ¿Cómo define usted educación para la vida y cuál cree que es su trascendencia en el contexto actual?

Carlos Eduardo Maldonado (C.M.): Originariamente, la expresión educación para la vida fue formulada por un funcionario de la UNESCO. Todos conocemos la fuente que formula una educación para la vida. Personalmente, soy crítico; me genera muchas sospechas esa aproximación, porque hay un doble riesgo. De un lado, consiste en hacer de la vida una estrategia, podemos hacer estrategias políticas, militares, pedagógicas en muchos aspectos, pero de la vida no se puede hacer una estrategia, porque la matamos. De otra parte, al mismo tiempo, esa formulación originaria es una expresión muy delicada. En mi libro he venido desarrollando otras ideas mejores, porque es como si yo aprendiera hoy para que eso mañana me sirviera para el desarrollo de la vida, y ese es el doble peligro que yo quisiera sugerir.

La educación es un momento muy importante en la historia de la familia humana que nos trajo hasta el día de hoy, cumplió ese papel. Pero de hoy hacia mañana ya la educación no es suficiente; es preciso girar hacia el aprendizaje, el aprendizaje para la vida. El aprendizaje para la vida implica el reconocimiento explícito de que siempre aprendemos de una manera distinta y novedosa. Cuando vamos a un restaurante, cuando tenemos un encuentro con amigos o con amores, cuando tenemos una relación, lo que tú quieras—los ejemplos son superficiales— siempre en cada ocasión es distinto. Disfrutamos el paisaje, vamos de vacaciones, nos encontramos con un libro, una lectura, una relectura, etcétera, porque el mundo es diferente, porque la cosa misma es distinta y porque tú y yo somos distintos. De suerte que el aprendizaje para la vida es la posibilidad de reconocer explícita, directamente que aprendemos cada vez más y cada vez distinto y cada vez de una manera novedosa, que, entonces nos permite decir abiertamente que esto no puede ser convertido en una estrategia por esa doble razón que mencionaba hace un momento.

N.R.: En el contexto actual observamos revoluciones, cambios trascendentales en la educación a nivel internacional. ¿Cómo cree usted que debe promoverse la formación en habilidades críticas y reflexivas, más allá de la simple adquisición de conocimiento?

C.M.: Sí, es una pregunta muy bonita porque hay que tener permanentemente cuidado con el lenguaje. El primer objeto de trabajo en la educación, en ciencia, en la vida misma no es la cosa: digamos, la empresa, el territorio, el Estado, el ser humano, etcétera. El primer objeto de trabajo es el lenguaje. Entonces yo debo pensar la cosa



y al mismo tiempo pensar el lenguaje. Dicho eso debemos poder —es una sugerencia desde luego; no tienen que estar de acuerdo conmigo—, superar conceptos como “destrezas”, “competencias” y “habilidades”, porque esas son eminentemente histórica, semántica, contextualmente vinculadas al sistema de libre mercado, al neoliberalismo y cosas como esas; que forma personas para el trabajo. Sería deseable pensar en el desarrollo de capacidades: capacidades de conocimiento, capacidades de aprendizaje y demás. El giro semántico no es superficial, y es que todo el sistema de educación fue eminentemente vertical, de un lado y, de otra parte, eminentemente dualista.

Yo enseño y el otro aprende, y como yo enseño y el otro aprende, yo no aprendo nada del otro. Las revoluciones que bien mencionas —ese es un próximo libro que presentaré a publicación; ya hay una primera edición— se sitúan en un marco muy amplio: que es una fantástica crisis civilizatoria. Somos muy afortunados —yo soy optimista—, porque estamos asistiendo al colapso de una civilización, y es en ese marco grande donde entendemos donde se sitúan las múltiples transformaciones que bien mencionas, las múltiples revoluciones, revoluciones en curso. De suerte que debemos poder hacer educación —quisiera retomar el término aprendizaje—, no solamente para el presente —naturalmente que sí—, no solamente para el futuro previsible; sí, sino, además, para un nuevo mundo que está naciendo; ni siquiera que está por nacer. Para un nuevo mundo que está naciendo, que supone retos fantásticos: cambios de valores, cambios de razonamiento, cambios de semánticas, cambios de modos de aprendizaje, justamente; y en ese sentido un elemento —esto es filigrana, esto es simplemente filigrana— sería permanentemente atender, además, al



lenguaje que usamos; porque el lenguaje tiene entre otras múltiples funciones. Desde luego, una función performativa y hacemos cosas con las palabras, naturalmente. Entonces es muy importante atender a la crisis colosal, sistémica y sistemática que estamos observando. Ese es un motivo de optimismo: hay un mundo que está muriendo ante nuestros ojos, y al nacimiento de un nuevo mundo, de una nueva civilización. Sin editorializar, se trata de un nuevo ser humano frente al cual debemos poder atender manifiestamente a los temas de aprendizaje y de vida.

N.R.: Doctor, habla usted de un giro semántico desde esa verticalidad que se ha asumido en la educación hacia una nueva propuesta. ¿Cuál sería esta resemantización o el giro semántico que usted también apoya en esta nueva promoción de una educación más centrada en los aprendizajes y hacia la sabiduría?

C.M.: Sí. Es fundamental. Toda la historia de la educación, uno; toda la historia de los modelos pedagógicos, —tú y yo conocemos suficientemente esa historia—, fue eminentemente antropocéntrica, antropomórfica y antropológica; es decir, era educación del ser humano para el ser humano. (Paréntesis: orientada hacia, finalmente, el trabajo). Parte del motivo de optimismo que es el nacimiento de un

nuevo mundo, el nacimiento de una nueva civilización implica el reconocimiento de que el aprendizaje tiene lugar con la naturaleza, no ya únicamente centrado en el ser humano, lo que quiera que sea el ser humano. Preocuparse por el ser humano es importante, naturalmente que sí; pero es muy poco, porque parte de los descubrimientos que estamos haciendo —lo voy a decir de manera puntual— es la importancia de las personas no humanas. Notablemente, la naturaleza como sujeto de derechos, los animales como sujetos de derechos, *in extremis*, la inteligencia artificial y la vida artificial como sujetos de derechos. Hay una ética, hay derechos, etcétera, para personas no humanas y así sucesivamente.

Entonces, en este giro semántico, que es tu pregunta, debemos considerar que naturalmente nunca le daremos la espalda a la importancia del ser humano: niños, mujeres, hombres, ancianos, enfermos, indígenas, negros, etcétera. Pero en el marco de un contexto inmensamente más amplio que lo comprende y lo hace posible que es la preocupación por la naturaleza. Entonces aquí viene el otro elemento fundamental, y es que podemos aprender de la naturaleza, ¿cierto? Como es efectivamente el caso. Esto es buena ciencia, créeme que es buena ciencia. La naturaleza nos habla en ríos, nos habla en mares, nos habla en montañas, nos habla en plantas, nos habla en vientos, y así sucesivamente.

Occidente jamás tuvo esa preocupación. Al final de sus días Occidente, máximo, máximo tuvo una preocupación planetaria, pero los grandes pueblos, las grandes culturas, las grandes civilizaciones, tú y yo tenemos, siempre hemos tenido, además, una conexión con el cosmos, con el universo. ¿Por qué? Por alguna razón, me

fui un poquito más lejos por una razón muy elemental, y es que las raíces de tu vida y la mía no están en la tierra: están en las estrellas, están en el fondo del universo, esas son las raíces nuestras. Occidente, máximo, máximo alcanzó una comprensión planetaria.

Podría hablar de cosas como los Objetivos del Desarrollo Sostenible, podría hablar de las metas del Milenio, podríamos referirnos a cosas como lo es la Carta de la Tierra, y entonces la invitación —es simplemente una invitación— es que en esa resignificación semántica debemos poder situar al hombre en y con, no sobre y al margen de la naturaleza, y entonces podemos aprender todos horizontalmente de todos, así sea con diferencias. Los pueblos amerindios hacían ritos y ofrendas para restablecer, constantemente, el equilibrio del universo; no simple y llanamente de la Tierra.

N.R.: ¿Qué papel juegan la creatividad y el pensamiento crítico en una educación que prepara a los estudiantes para enfrentar problemas reales y complejos en la vida cotidiana?

C.M.: Un papel fundamental subrayando, si me permites lo siguiente: el pensamiento crítico, por ejemplo, la posibilidad de dudar, algo que Occidente jamás puso sobre la mesa en plena luz del día. Discúlpame que lo diga en términos técnicos, la tradición pirrónica, la propia contribución de Descartes y se podría hacer una lista muy, muy larga, es que la educación clásicamente fue memorística, doctrinaria y funcional. Pues bien, uno de los elementos que forman parte del razonamiento crítico es la posibilidad de dudar.

La salud mental estriba en la capacidad de dudar, de decir no a lo que no me convence enteramente y de la posibilidad de decirle cuando corresponde: no, a las cosas. Eso es muy, muy importante. De suerte que el pensamiento crítico —era a donde quería conducir la reflexión— ancla mucho más que, vuelvo al término: competencias, destrezas, habilidades, en elementos cognitivos y racionales, etcétera, en la capacidad de empatía. Las cosas importantes son las cosas que nos *afectan*, y las cosas que nos afectan invitan a los *afectos*, y entonces es toda la dimensión estética de la vida, la dimensión que es distinta al arte. Una cosa es la estática y otra cosa es el arte. Importante como son las artes —tú y yo las queremos mucho.

Así las cosas, el pensamiento crítico encuentra su basamento en las emociones, en los sentimientos, en la sensibilidad, en los afectos, y entonces un pensamiento crítico es no solamente aquel que destaca, porque eso es lo que se dice allá afuera, los elementos racionales y lingüísticos, argumentativos, etcétera.

Sí, son importantes; pero, además, la posibilidad de empatía. Si tú lo quieres de compasión, en el que yo convivo literalmente con el otro, que es mi hermano, mi amigo, mi vecino, etcétera; con el otro que a veces es diferente de mí y con lo otro, que no soy yo y que es toda esa dimensión infinitamente más amplia, que es —yo quisiera subrayarlo— las personas no-humanas, la naturaleza, los animales, las plantas y, más allá de eso, la situación de la existencia humana con el trasfondo de eso que en la educación no se pone de manifiesto que sería el universo entero; es decir, debemos poder abandonar la dimensión estrictamente antropomórfica, antropológica y antropocéntrica.

N.R.: Usted ha mencionado que la educación debe fomentar la creatividad y el pensamiento crítico para enfrentar problemas complejos. Al reflexionar sobre el propósito de la educación, podemos afirmar que su fin es preparar a los ciudadanos para que puedan generar ideas nuevas y cambios significativos. ¿Cómo puede la educación preparar a los estudiantes para enfrentar la vida, superar obstáculos y comprender la realidad de manera objetiva, dejándolos mejor equipados para los desafíos que les esperan?

C.M.: ¡Manifiestamente! Lo que te voy a decir no es nuevo para ti o para mí. Los buenos profesores no enseñan, mucho menos hoy en el contexto de la sociedad de la información, la sociedad del conocimiento, la sociedad de redes. Ya no enseñan contenidos, porque los contenidos están allá afuera, en la web, en las redes incluso, si se quiere. Compartimos emociones, gustos, descubrimiento, pasión, compromiso, y los contenidos van y los busca y los encuentran en bases de datos, bibliotecas, lo que tú quieras.



Entonces, el proceso de aprendizaje es un compromiso mucho más afectivo, creativo justamente: y es esa afectividad. No

podemos aprender sino de aquellos que amamos o aquellos que, digamos, con los que sentimos empatía. Este es el verdadero aprendizaje. Lo demás es simplemente memorización y la historia del pasado, quiero subrayar, es la historia del pasado. Pero, un motivo de optimismo, hoy y hacia futuro, es la invitación a la dimensión orgánica del conocimiento, y esa dimensión orgánica del conocimiento no aparece; lo voy a decir en blanco y negro, en ninguno de los modelos pedagógicos habidos alrededor tuyo y mío.

N.R.: Señalaba algo fundamental en el proceso de los aprendizajes, hablaba usted de los buenos profesores. ¿Qué es ser un buen profesor? ¿Cómo pueden los educadores incorporar prácticas que fomenten la sabiduría? Hablamos de sabiduría en las categorías reflexión, ética, pensamiento crítico y autoconocimiento.

C.M.: Más que abordar las prácticas en este instante, es fundamental considerar tres elementos: educación, pasado; aprendizaje, presente; sabiduría, futuro. El tema de fondo, por tanto, es la importancia de la sabiduría. La civilización occidental máximo destacó el papel de la inteligencia, incluso eufemísticamente habló de inteligencias múltiples, excepcionalmente habló de eruditos, y ya al final, en la margen habló de genios y entonces había una lista de genios; los que tú quieras, Bach, Picasso, Einstein, Mahler, Gorthendieck, muchos. Pero Occidente jamás supo de sabiduría; no sin razón, porque asimiló siempre la sabiduría al paganismo. Y es que la principal fuente de sabiduría no la tenemos tú y yo, también la tiene la naturaleza. Entonces las prácticas de los buenos profesores consisten en sentarme —es una expresión: sentarme— horizontalmente con los

estudiantes y compartir procesos en los que en el aprendizaje —vuelvo a una pregunta anterior—, el estudiante se transforma y yo me transformo. Si no hay —en los procesos de aprendizaje sucede lo mismo que en los sistemas de salud—, una transformación recíproca, hay verticalidad y dualismo.

Es como la amistad, como el amor. En la amistad o en el amor, el otro se transforma, y yo también me transformo con el otro o la otra. Entonces esas prácticas mucho más que temas de didáctica y de tecnologías, de innovación, etcétera —esos son los cubiertos de la cena; lo importante es el plato mismo, lo importante es la comida, no la cuchara o el tenedor, y demás—, nos invitan a la posibilidad de que, en el proceso de aprendizaje yo debo estar abierta o abierto a la posibilidad de una transformación permanente.



Cada estudiante es diferente, cada grupo, cada semestre o año, son distintos, y entonces establecer el currículo, el microcurrículo, los programas estandarizados, etcétera, es todo lo contrario a la sabiduría. Es decir, uno no hace el curso o el seminario en función del programa, sino en función de la gente, y entonces el programa puede servir simplemente como una guía, como un semáforo, para modificar el curso rápidamente. Esto es muy

importante. Mi problema, mi reto como profesor o profesora, es el de orientar el proceso de aprendizaje en función del grupo. Lo contrario sería, una vez más, estandarización, normativización, generalizaciones, entrenamiento, y cosas como esas; que son la antípoda de la sabiduría.

N.R.: ¿Cómo deberían los currículos y programas educativos abordar los valores y la responsabilidad social en los estudiantes?

C.M.: Voy a decir una cosa que es sorpresiva e incluso escandalosa para algunos de nosotros: la ética no implica bondad. Hay una ética del mal. Eso lo descubrimos en el Tribunal Russell, en los juicios de Núremberg, en los informes de Hannah Arendt sobre Eichmann en Jerusalén. Los que seguimos los valores establecidos no los cuestionamos, no los dudamos. La duda es un ejercicio sano de profesión. Digo: los que seguimos las normas, etcétera; eso era Eichmann en Jerusalén, el descubrimiento sorpresivo de Hannah Arendt, un texto que todos conocemos. En la literatura colombiana está la novela de Fernando Vallejo, *La Virgen de los sicarios*. Entonces, lo que estoy queriendo decir es que hay que sospechar de la idea gratuita, acrítica, según la cual la ética implica bondad o justicia o equidad, y así sucesivamente. Pero entiendo; ¿te das cuenta?: es esa idea de pensar la cosa y pensar en lenguaje al mismo tiempo. Es alta filigrana, de verdad.

Entiendo el sentido de la pregunta, creo que esto apunta al reconocimiento de que importante como es la ética y los valores —ojo a lo que voy a decir; insisto, para algunos de nosotros es una idea molesta—: no hay ética o valor superior a la vida misma. Lo que tenemos allá afuera es que hay unos

valores que se superponen a la vida, unos valores que, incluso, en algunas ocasiones niegan a la vida. Aquellos cuerpos normativos, aquellos valores, aquellas éticas que desplazan a lugares secundarios, así sean sutiles a la vida misma, son motivo de sospecha.

Permíteme, por favor, porque lo acabo de escribir en otro texto que ya está por publicarse. Nietzsche le plantea una jugada, en ajedrez, de jaque mate al mundo. Esa jugada de jaque mate es la acusación del nihilismo. ¿Sabes en qué consiste en el diagnóstico de Nietzsche el nihilismo? No es en la ausencia de valores, sino en la existencia de tantos valores —eso se llama el sistema de libre mercado— de tantos valores que ya la gente no puede distinguir entre unos valores y otros. Así las cosas, los llamados eufemísticos, aquí y allá, son los valores de la empresa, de la iglesia, de la corporación, de lo que tú quieras, que son los verdaderamente importantes, y eso hoy se traduce —eso ya más allá de Nietzsche, en el institucionalismo y el neoinstitucionalismo.

Entonces, son las instituciones las que sientan los valores. ¿Y qué es lo que pasa en todo ese discurso? Que no aparece la vida por ninguna parte. Entonces, el foco inmediatamente directo, la luz directa debe caer sobre la vida, no tanto sobre los valores, que es lo que sucede allá afuera. De suerte que, el aprendizaje de valores, la convivencia de valores se hace en función de la vida y no de los valores por sí mismos. Esto es a lo que llamamos la buena educación, que es el sistema de aprendizaje. La sabiduría es sabiduría de la vida, pero nadie, nadie entiende la vida desde afuera; solo entendemos a la vida desde adentro, viviéndola, y lo mejor que podemos hacer es escucharla,

observarla, aprender de ella, porque ella siempre es buena.

N.R.: ¿Qué nueva propuesta debería considerarse para trascender lo que hoy entendemos como un currículo o un plan de estudios, y cómo podría ir más allá de lo formativo para ser esencial en la vida de los estudiantes?

C.M.: Lo importante de la pregunta que estás formulando es, no voy a entrar en ello, porque es evidente, la importancia de la desescolarización del sistema educativo, pero, como es evidente más bien quisiera dirigir la mirada en otra dirección.

Todo el énfasis está hoy por hoy en currículos, programas, micro-curriculum, actualización, últimas fuentes, etcétera; pero lo que se deja de lado es que, nuevas formas de conocimiento —léase sabiduría—, implican nuevas formas de organización del conocimiento. Entonces, la educación pasa por una transformación del aula misma —hablando de desescolarización—. Aquí y en Cafarnaúm —estoy haciendo una generalización— los salones de clase son eminentemente medievales. El profesor está al frente, los estudiantes allá del otro lado, y eso es una homilía como era en la Edad Media; peor aún, era de espaldas, y hay profesores que posan de espaldas, cosas como esas. El salón de clase debe ser radicalmente transformado en términos circulares, en términos de horizontalidad.

Te podría decir: yo conozco algunos colegios —no voy a decir dónde o cómo— donde la única clase que tienen los estudiantes, —es solo un ejemplo, ni siquiera es un argumento— en un pupitre o una mesa, lo que sea, es en computación y el resto están en sus cojines, en

sus sillones, en alfombras, individual, colectivamente —es solamente una sugerencia—. De suerte que, importante como es el currículo, que es tu pregunta, los programas y currículos no pueden ser abordados sin, al mismo tiempo, una consideración del espacio y la dinámica del aprendizaje. Debemos poder transformar el espacio mismo. Insisto, los contenidos están acá: en el computador, en el celular, en la web; lo importante son las experiencias de los contenidos.

N.R.: ¿Cuáles cree usted que pueden ser las capacidades esenciales que los estudiantes deben desarrollar hoy en día para poder enfrentar los retos del siglo XXI?

C.M.: Claro. Ser un profesor, uno; dos, ser un académico; tres, ser un científico —son cosas distintas, pero para el caso asumámoslas como equivalentes— tiene una sola exigencia desde el punto de vista de la pregunta que estás formulando. Esa se dice muy fácilmente, pero es muy complicado llevarla a cabo.

Se trata de estar al día —conocer la historia, manifiestamente que sí—; pero, sobre esa base es estar al día en el estado del arte del conocimiento. Y entonces mi obligación, yo soy profesor de geografía, profesor de música, profesor de matemáticas, de educación física, lo que tú quieras, es estar al día; es decir, el estado del arte, lo que técnicamente se llama el estado del arte del conocimiento. Así, es el único compromiso, la única obligación, al mismo tiempo moral y epistémica, que yo tengo ante mis colegas, ante la sociedad, las familias y el grupo de niños y de jóvenes, es el dominar el estado del arte

de mi tema.

Ello entonces implica un proceso de actualización incesante. ¿Qué significa eso? Aprendizaje, aprendizaje. ¿Qué se está trabajando?, ¿Qué se está cuestionando?, ¿Qué se está explorando?, ¿Qué se está reflexionando? Y así sucesivamente para que, evidentemente, que es lo que nos interesa a todos nosotros digamos la sociedad, los niños, los ciudadanos, puedan finalmente tomar el destino en sus propias manos. Eso se llama autonomía, libertad, criterio propio.

De suerte que, la única obligación de un buen profesor o profesora es estar al día en el estado del arte, y entonces los colegios, los jardines infantiles, las universidades, los centros y los institutos de investigación tienen la obligación —es decir, estoy hablando de los administrativos—, de brindarle todas las condiciones y todas las facilidades a las profesoras y profesores para que se sitúen al día en el estado del arte.

N.R.: El modelo educativo en Nicaragua está centrado en el desarrollo humano pleno de la persona, la familia y la comunidad. Al referirnos a la comunidad educativa, incluimos a estudiantes, docentes, personal técnico y administrativo, personal directivo, quienes en conjunto fomentan buenas prácticas para un proceso de aprendizaje significativo. Desde esta perspectiva, ¿Cuáles considera que podrían ser las capacidades que los estudiantes, como ciudadanos y miembros de la sociedad, pueden desarrollar tanto en el ámbito educativo como en el seno de sus familias y comunidades?

C.M.: Sí. Voy a tomar una prudente distancia de cosas como competencias argumentativas, propositivas e interpretativas —que todos conocemos— para adicionalmente subrayar elementos como el desarrollo de una fina sensibilidad, uno, de la fina sensibilidad. Conozco los Festivales Índice, afortunadamente; sé de la importancia de la cultura y las artes, que no son inferiores a la ciencia y la tecnología, que van de la mano como sucede efectivamente en Nicaragua. Lo he visto personalmente, no hay una asimetría fuerte como si sucede en otros espacios con la posibilidad, con la sensibilidad.

Mira, esto es muy importante. Yo no soy pesimista, pero allá afuera, yo creo que el mundo, en buena parte, está siendo manejado por psicópatas y sociópatas. ¿Y tú sabes quiénes son los psicópatas y los sociópatas? Los que son indolentes, indiferentes ante el sufrimiento humano, ante la aventura humana, ante la fragilidad y la dignidad de la existencia humana, porque se imponen normas, obligaciones, deberes, tareas y ese tipo de cosas. Frente a un mundo enfermo, psicópatas y sociópatas —cierto: ellos enferman a la sociedad—, el elemento de la sensibilidad no aparece para nada. Yo he ido y venido por América Latina diecisiete, cuarenta y ocho veces, y este elemento no siempre aparece como central sobre la mesa a plena luz del día, uno; dos, se trata de destacar la importancia de la sabiduría.

No sin la educación, no de espaldas a la educación, no sin el aprendizaje y no de espaldas al aprendizaje, el tema central hoy y hacia futuro es la posibilidad de la sabiduría. ¿Y sabes en dónde está la dificultad y literalmente el encanto, la magia de la sabiduría? Es que no se la puede

enseñar, pero sí se la puede aprender. Todos, alguna vez, si hemos tenido suerte, hemos conocido hombres o mujeres sabios alrededor de la vida. Pero un hombre, una mujer sabia no te va a decir “yo soy sabio, y tú tienes que hacer esto y aquello, y deja de hacer esto y lo otro”. Es decir, todo ese lenguaje en imperativo y performativo y funcional, etcétera. Digo, lo mejor que podemos hacer cuando encontramos a un hombre o una mujer sabios es aprender, tanto y tan bien como podemos.

El reto civilizatorio, esto es nuevos en toda la historia de la familia humana —tú y yo llevamos aquí alrededor de doscientos mil años; semana más, semana menos— es la posibilidad de desarrollar una sabiduría colectiva, de grupos, de colectivos que sean sabios. Este es el reto formidable que enfrentamos hoy frente al nuevo mundo que está naciendo.

No estoy diciendo que todos seamos sabios, porque será lo mismo que decir que todos seamos músicos o que todos seamos matemáticos, por ejemplo. No. Pero sí que haya grupos y colectivos que nos permitan aprender. Es fantástico, porque no hay un currículo, no hay un programa de sabiduría, no hay una didáctica de sabiduría, pero debe ser posible desarrollarla como una experiencia colectiva. Ese es el reto fascinante que tenemos entre manos tú y yo, hoy, hacia futuro.

N.R.: ¿Cómo debería integrarse la tecnología en el proceso de aprendizaje sin que perdamos ese enfoque humanista y reflexivo?

C.M.: Sí, es muy importante, permíteme extrapolar. Como sabemos, la forma más acabada, más excelsa de la tecnología, hoy, es la inteligencia artificial. Es una

herramienta que debemos conocer y apropiarnos; pero con una sola, una sola condición y es que los seres humanos dejemos de pensar y de vivir en términos algorítmicos. La superioridad de la inteligencia artificial es, sin ambages, la superioridad de algoritmos. Incluso, técnicamente dicho, de algoritmos genéticos.

Hay una cantidad inmensa de algoritmos, algoritmos de clasificación, los que tú quieras. De suerte que, mira el encuentro en este instante entre tú y yo es posible gracias a la tecnología; sí, rompe los tiempos, rompe los espacios, cosas por el estilo. Eso no impide, desde luego, que haya una experiencia personal, colectiva, personal, de corte sensible. Entonces, es manifiesta que la existencia humana está siendo transformada crecientemente por la tecnología —léase inteligencia artificial— y debemos poderla conocer en toda la línea de la palabra y apropiárnosla.

Óyeme, cada semana por lo menos dos aplicaciones exitosas, —digo exitosas—, aparecen en el mundo; es decir, eso daría un total de aproximadamente ciento cuatro aplicaciones exitosas, aparte de los ensayos, mejoramientos y aplicaciones de inteligencia artificial en el mundo. Entonces, hay aplicaciones para lo que tú quieras. Sí, la sociedad uno; dos, los sistemas de educación y demás debemos manifiestamente conocerla y apropiarla, con la salvedad de que reconozcamos explícitamente que la suya es una racionalidad y una inteligencia algorítmica. Sí, son sistemas inteligentes, sin la menor duda; manifiestamente, rompen con mucho la comprensión antropológica y antropomórfica de la inteligencia, aprenden por sí mismos. Esto tendría otra serie de elementos

técnicos. Bueno, no hay tiempo para hablar de ellos en este momento.

De suerte que —yo soy optimista: la inteligencia hace, bien empleada, con un convivio importante con ella, mejor a la vida; desde luego, no soy ingenuo, evidentemente que depende también del uso que se haga de ella— hay intereses, hay finalidades, cosas por el estilo, pero en el marco de los sistemas de aprendizaje mucho más que educación, debemos promover las nuevas tecnologías.

Termino con esto, parte de ese aprendizaje, uno de los nuevos retos en los sistemas de educación es que la sociedad en general debe aprender código, a leer y escribir código. Vuelvo a la UNESCO: la principal forma de analfabetismo contemporáneo hoy es el analfabetismo tecnológico y literalmente, no es el conocimiento de la tecnología y el uso de la tecnología, sino se trata de la posibilidad de que alfabeticemos tecnológicamente a la sociedad en el sentido de que aprendan a leer y a escribir código, y esto es tan fácil que se aprende en horas, en horas. Te estoy diciendo cuarenta, ochenta, ciento veinte horas como base; ni siquiera te estaría diciendo días o semanas.



Entonces, el conocimiento de las tecnologías pasa medularmente por la alfabetización tecnológica, que implica la posibilidad de

que, además del aprendizaje de sistemas musicales, además del aprendizaje de sistemas matemáticos, etcétera, pasa por aprender código.

N.R.: Desde su perspectiva, ¿qué cambios estructurales deberían implementar los sistemas educativos para apoyar un enfoque centrado en el aprendizaje significativo y la sabiduría?

C.M.: Inmediatamente: despertar la importancia del proceso sobre el resultado. Lo que hoy se enfatiza es el resultado: si el estudiante asistió o no asistió, si presentó la prueba o el examen, si hizo la tarea o no, esa es una manera de decirlo, y una vez más, ese es el capitalismo. Lo importante es el proceso, no sin el resultado, pero lo importante es el proceso como el gusto mismo por el conocimiento, el gusto por el descubrimiento, el gusto por la invención. Entonces, creo que eso es fundamental, y es destacar el proceso.

El proceso es el reconocimiento de que, también aprendemos de los errores; no significa que nos debemos equivocar. Evidentemente que no; pero sí se trata de estar sensibles o abiertos a la posibilidad de que a veces hay errores y también podemos aprender de ellos. ¿Qué es un error? El hecho de que por alguna razón el estudiante no asistió o no pudo presentar el examen y cosas por el estilo.

El elemento sensible está en una recusación, en un distanciamiento fuerte de cualquier sistema de estandarización y de normativización. La estandarización son los resultados, y entonces, a ti y a mí nos miden por cosas como las pruebas, los títulos, el índice h, las publicaciones y cosas como esas. Creo que eso es importante; no le daremos la espalda.

Pero se trata de destacar esencialmente el proceso; y el proceso ¿sabes qué es? No la educación, sino el aprendizaje. Aprendemos cada vez más y cada vez de manera diferente, y entonces creo que esa sería; me gusta mucho el núcleo de la pregunta. Esta es la sugerencia radical o estructural que podríamos simplemente sugerir.

N.R.: De acuerdo con su experiencia, ¿cuáles son los desafíos enfrentan los sistemas educativos latinoamericanos para hacer efectiva una transición hacia un aprendizaje más significativo y orientado a la vida?

C.M.: América Latina, por razones culturales e históricas tuvo un complejo de inferioridad. Típicamente. Y entonces mirábamos al norte global e íbamos a estudiar a las universidades del norte global, y yo quería ser como ellos, quien quiera que fueran ellos, no importa. Abya Yala es una experiencia vital, cierto. El pasado y el presente de América Latina es América Latina; el presente y el futuro es Abya Yala. Aquí nos encontramos con numerosos retos; uno de ellos es que nuestros países son enormes, son gigantescos.

Voy a poner los ejemplos típicos: Chile, Brasil, México, notablemente. Y entonces las distancias entre nosotros son muy grandes. A veces las universidades publican —es solamente un ejemplo, no un argumento—, cosas solo para el mercado local. Debe haber un proceso de integración, porque somos hermanos; incluso, somos hermanos históricamente. Sí, los Mayas y los Olmecas, los Toltecas y los Chibchas, los Chibchas y los Incas, y muchos más. Éramos típicamente hermanos.

Debemos poder superar esa perversión que se llama el Estado nacional. El Estado nacional es que: tú eres portuguesa, yo soy español; tú eres Argentina, yo soy chileno; tú eres canadiense, yo soy estadounidense, y así sucesivamente; que lo que hizo fue separarnos y dividirnos. Como observas, estoy pensando de cara a un mundo que está naciendo, cierto; no ya de cara principalmente al pasado. De suerte que los países de América Latina debemos poder aprender de las experiencias recíprocas, y entonces, tengo que decirlo, una de las experiencias recíprocas es, por ejemplo, Nicaragua, desde luego con la excepción de Cuba.

En Nicaragua la educación es gratuita. Óyeme esta cosa: me guste o no me guste, ni siquiera en Venezuela, ni siquiera en Colombia, ni siquiera en otros países; y entonces, la gratuidad —tú mencionabas al comienzo con calidad, evidentemente—, la gratuidad de la educación es solo para poner un ejemplo conspicuo, es posible, ello en marcado contraste con el discurso en América Latina: es que no hay dinero, y no hay medios, y no hay profesores, y cosas semejantes.

Hay países en los que ya existen biorregiones en términos económicos, en los que ahí existe gratuidad de la educación, en los que existen sistemas de salud muy favorables para los ciudadanos. Entonces, sería crear un poco más en nosotros mismos, no darle la espalda al mundo, desde luego que no, pero superar ese complejo de inferioridad que nos insertaron en algún momento, y creer que parte del futuro de la vida, ni siquiera de la especie humana, pasa por América Latina. Sí, hay diferencias; sí, hay distancias; desde luego que hay recelos

en ocasiones, cosas como esas. Pero muy buena pregunta es ¿cómo podríamos hacer en el contexto latinoamericano? Esto es muy, muy importante.

N.R.: **¿Qué perspectiva deberíamos avizorar para el futuro de la educación en América Latina y cuál cree que sería el primer y más urgente paso para lograr una verdadera transformación en los sistemas educativos?**

C.M.: La gran apuesta es la recuperación de la vida. En América Latina sabemos de vida. Permíteme, vuelvo a una pregunta anterior. En otros países —voy a hacerlo de manera genérica— en el norte global, la ética es un discurso, es una estrategia comunicativa. En América Latina la ética es un problema agónico, es un tema de vida o muerte. Así las cosas, no se trata de elaborar —estoy pensando, yo soy un académico— en gente como Habermas, como Apel, como Rawls, como Adela Cortina, y así sucesivamente.

En América Latina la vida es una experiencia vital, día a día. La naturaleza es nuestra madre y amiga, es nuestra hermana. No es el enemigo del cual hay que huir, del cual hay que salir. De suerte que podemos refrescar la mirada, dejar de repetir discursos estandarizados que pasan de aquí para allá, que a veces se sugieren o se imponen y cosas por el estilo, y hacer del aprendizaje de nuestra propia historia, nuestro propio presente y nuestro propio futuro.

Permíteme, te lo digo de manera un poco crítica, pero muy explícita para los que tenemos alguna sensibilidad. Yo soy andino; en los pueblos andinos —quechuas, aimaras, y así sucesivamente— el pasado está adelante y el futuro está atrás. La experiencia antropológica misma es que eso tiene que ver con el embarazo; se trata

de una analogía. Lo que estoy haciendo es una metáfora: Yo soy una mujer, yo estoy embarazada y, entonces, el futuro es maravilloso, el futuro está en el pasado y el futuro en el presente, porque es mi bebé. Yo soy una mujer. Pero los hombres no podríamos conocer mucho esa experiencia. Como quiera que sea, podemos identificar que el pasado está en el futuro y el futuro está en el pasado.

Lo que quiero decir es que, las comprensiones lineales del tiempo occidentales no son un hecho real consumado. Los pueblos de América Latina están ahí para ponerlo de manifiesto. Lo menciono solamente como un ejemplo. De suerte que esto pasa por una reconfiguración de los espacios y los tiempos que vivimos y que hemos podido vivir; y ahí, la gran sugerencia que yo haría —que no se la hace allá afuera en ningún modelo pedagógico—, es hacer la transición de la educación al aprendizaje, y del aprendizaje a la sabiduría. La sabiduría, si me permites decirlo de manera metafórica, anda por el mundo con pasos de paloma; no se anuncia, no vocifera, no hace de sí misma publicidad. Es simplemente, y esto es lo más importante, porque, finalmente, sabiduría es sabiduría de la vida, sabiduría para la vida.

N.R.: Excelente, doctor. Nos complace que nos haya hecho reflexionar sobre esta dimensión. En un momento de las principales preguntas, usted destacó cómo la educación evoca el pasado, el aprendizaje el presente y la sabiduría, que es hacia donde queremos trascender, es nuestro futuro. Agradecemos mucho que haya compartido sus conocimientos sobre la comprensión del aprendizaje, que no es lineal, y cómo el tiempo tampoco lo es. Son temas hacia la reflexión que nos sugieren seguir aportando desde todo el trabajo del

Entrevista por:

MSc. Nohemí Rojas Icabalzeta

Transcripción de la entrevista:

MSc. Carlos Herrera Oporta

Edición de texto:

MSc. Nohemí Rojas Icabalzeta

Producción audiovisual y apoyo

logístico:

Equipo técnico audiovisual
Departamento de Educación a Distancia
Virtual (DEDV) UNAN-Managua